



..... y descubriendo en ella una trenza
de los hermosos cabellos de Dorayda,
la aplica con delirio a sus abrasados labios.



La Adoracion del Sol.

La primer idea que afecta la imaginacion del hombre es la idea de un ser Creador, de un ser vivificador: lanzado, por decirlo así, en medio de este globo, y rodeado de objetos grandiosos á quienes impele á determinado destino una mano misteriosa, no puede menos de concebir la idea de un ser omnipotente superior á lo creado, colocado en una esfera independiente y presidiendo la suerte de los mortales.

La Naturaleza presentaba á sus ojos un cuadro lleno de vida y de grandeza: el sol esparcía su brillantez sobre la tierra, los campos se vestían de verdura, los árboles se cubrían de frutos deliciosos, las flores embalsamaban el aire con sus perfumes, los truenos retumbaban, las lluvias, las nieves se sucedían en constantes períodos, la noche misma en medio de su tristeza ofrecía un espectáculo sorprendente con sus astros luminosos y las diversas fases de su luna: el hombre sabía que existía ignorando el por qué, sabía que en un tiempo incierto dejaría de ser; pero su entendimiento inculto y con ideas confusas sobre la divinidad no podía resolverle el problema de su existencia, ni darle á conocer el origen de tantos prodigios como le rodeaban. Semejante á un aldeano que colocado delante de una linterna mágica ve pasar las figuras ignorando la mano que las pone en accion, admiro los efectos desconociendo las causas, admiro la obra del mundo sin descubrir su fundador.

Sin embargo en medio de su igno-

rancia, el hombre sospechaba un primer ser, autor y conservador de aquellos objetos que afectaban de mil modos su imaginacion; este ente debía estar dotado de inmortalidad, debía ser grande, sublime, sorprendente como su obra, debía ser en un todo superior á su creacion. Todos los objetos materiales que veía en torno de sí, perecían en un periodo mas ó menos largo, de consiguiente no podían ser los autores de la naturaleza; en este caso ¿á quién era dendor de sus días? ¿quién vivificaba tantos seres como poblaban la tierra? el hombre dirigió al cielo sus miradas, y un pensamiento luminoso reflejó en su entendimiento: su frente se bañó de un sudor helado, sus rodillas se doblaron involuntariamente, y sus brazos convulsos se dirigieron hácia el ser sagrado ante cuya presencia se postraba la vez primera; el hombre adoró al sol. Este fué el hombre natural, el hombre religioso.

En aquel culto todo era sencillo, todo era digno del objeto á quien se dirigía, ni podía ser de otro modo; el velo de la inocencia no se había rasgado, las pasiones no se habían desarrollado, y el hombre postrado ante el sol no abrigaba otro designio que adorar la Divinidad, era el hijo de la Naturaleza que prestaba homenaje al que imaginaba su Criador. Tal fué la religion de los primeros pueblos; sin una, cualquiera que fuesen sus ritos, no podían existir las naciones ni marchar hácia la civilizacion; las sociedades naciesen conocieron su mision, y es-

tablecieron un dogma; en él no habia ceremonias, no habia templos ni altares: cada familia se postraba en tierra á la salida del sol y le dirigia sus plegarias; pero introducidos en adelante algunos ritos fué preciso un hombre que los celebrase, era indispensable custodiar el fuego sagrado, símbolo de la Divinidad, y de aquí tuvo origen la ereccion del sacerdocio en aquellos pueblos salvages.

La mayor parte de las naciones del Oriente adoraron el sol aunque bajo nombres diversos: los Egipcios le nombraban Osiris; los Caldeos y Fenicios Bel ó Baal; los Cananeos y Ammonitas Molech; los Moavitas Bel-fhegor; los Persas Mithras; los Chinos Mang-ti; los Asirios Sadaís; los Griegos y Romanos Febo. Los Etiopes, y en general todos los pueblos del Africa, le tuvieron por único Dios: la isla de Rodas le estaba consagrada, y en ella se le habia elevado una estatua, conocida despues por *el Coloso de Rodas*. Figuran entre las naciones que prestaban su culto al sol, los Massagetas, los Tártaros, los Indios, los habitantes de la isla de Ceilan, (antigua Trapobana) los de Sumatra, Java, Célebes, Molucas y Filipinas; los de la isla de Thule y los Scandinavos; la mayor parte de los pueblos del Norte de Europa, conocidos por Celtas, y en España los habitantes de la Bética.

Pero no siempre estos pueblos conservaron el culto de la Naturaleza, que aunque falso, carecia de absurdos mas peligrosos. Los ministros de su religion desconociendo la mision de paz que estaban destinados á ejercer sobre la tierra, ambicionaron el poder; y en vez de ilustrar á los hombres, los sumieron mas y mas en la ignorancia, haciéndolos de este modo instrumentos de sus pasiones. Los príncipes, bien por supersticion, bien por debilidad, no daban un paso sin con-

sultar los oráculos, gobernando por consecuencia segun los deseos de estos falsos sacerdotes, que al fin se alzaron con la soberanía: en la India gobernaban los Bracmanes, en la Persia disfrutaban los Magos una autoridad sin límites, en el Egipto los sacerdotes educaban á los príncipes, los juzgaban despues de su muerte, y frecuentemente se erigian en soberanos: los pueblos marchaban de error en error; al culto de la Naturaleza habian sucedido los ídolos mas repugnantes, y llegó el caso de verter sangre humana en los altares de sus dioses.

Pasando á recorrer los pueblos de América se observa, que cuando los Europeos descubrieron este continente, encontraron nuevas producciones, nuevos usos y costumbres, un órden, en fin, enteramente diverso tanto en lo físico como en lo político y moral: sin embargo sus habitantes adoraban el sol, la luna y las estrellas. Los Incas decian traer su origen del sol, se habia erigido templos y altares á este astro, instituyendo fiestas en su honor, de las cuales participaba la luna, á quien creian su hermana y muger. El mismo dogma se habia establecido en Méjico con toda la grandeza de un pueblo rico; el mismo se conocia entre los Iroqueses, entre los habitantes del Istmo de Panamá y de todo el pais llamado Tierra-firme; el mismo dios adoraban los pueblos del Brasil, los Caraíves, los Indios de la parte de Cumaná, los Salvages de la América septentrional y los habitantes de la isla de Cayenna. Los Virginius le adoran, y en honor suyo se sumergen todas las mañanas en un rio desde la aurora hasta que brilla sobre el horizonte; despues de esta ceremonia le presentan ofrendas de tabaco y le hacen homenajes.

Los habitantes de la Florida que viven á la falda del monte Apalache, le atribuyen la creacion del mundo, y creen serle deudores de la vida; finalmente, en el Canadá, cuando sale el sol, las mugeres le presentan sus hijos, y cuando se pone, los hombres salen al campo á bailar *la danza del grande espíritu*.

En América fué sin duda donde el culto de la Naturaleza permaneció inalterable mas largo tiempo; aun adoraban sus habitantes el sol, cuando en el antiguo continente la religion cristiana habia difundido sus luces en la mayor parte de las naciones; el nombre de Jesucristo habia

resonado con entusiasmo en todas ellas levantando numerosos ejércitos, que bajo la conducta de príncipes ilustres habian pasado al Asia para arrancar del poder de los Ismaelitas el sepulcro del Redentor de los hombres. Pero los pueblos de América permanecian en la misma oscuridad, y solo cuando arrojados los moros de Granada, Cristóbal Colon al frente de un puñado de Españoles, llegó á las costas de aquel hermoso continente, sus habitantes emprendieron la senda de la verdadera religion.

E. Vives.

A Ella.



Hubo un tiempo en que el placer
mi triste pecho albergaba,
hubo un tiempo en que ignoraba
la amargura y padecer.
Y alegre como la brisa
que mece la tierna rosa,
solo pensaba en mi hermosa
y en su celeste sonrisa.
Feliz yo si en la pradera
y entre la verde frescura
contemplaba su hermosura
grata cual la primavera.
Y mas feliz si la flór
que corté en el parque ameno
oculta en su blanco seno
respiraba en él su amor.

Pero ¡ay! que estos dias de gozo y contento
de amargo recuerdo me sirven ahora;
y apenas el alba las nubes colora
mi llanto comienza, mi agudo tormento.
Y allá cuando el hombre tendido en el lecho
sus penas olvida, renace mi llanto,
y el alma oprimida de luto y quebranto
con negros fantasmas agita mi pecho.

Y los dias
que mi frente
fué inocente
no son ya.
Que una llama
me devora
destructora
y criminal.

:

Y un lúgubre acento
resuena en mi oído,
cual vago gemido
de voz funeral.

Que solo me anuncia
venganzas y horrores,
delitos y amores...
y encono mortal.

En vano la virtud busca su imperio,
nula es su voz, su poderío hollado,
y en el ardor de mi fatal delirio
yo la desprecio y la maldigo airado.
Y luego la ilusión torna á mi pecho
y en el aumenta el destructor martirio...
mi norte es el placer, placer hermoso
que solo pudo en su injusticia el hombre
dar á sus goces criminal renombre.
Ven á mis brazos, ven, y aquí en mi seno
tu seno inclina y tu abrasada frente,
bella como la luz de la alborada;
ven, y mi labio junto á el tuyo aliente
y un eco solo nuestro amor repita;
ven, que mi brazo y mi luciente espada
te librarán del hombre y de sus leyes;
y allí en el bosque entre verdura y flores
todo será delicias, todo amores.

Mas no, mi pasión olvida,
y ese tálamo nupcial
que solo á el placer convida
no amargue la corta vida
de tan dichoso mortal.
Goce él solo tu hermosura,
tus gracias puras, tu amor,
llore yo mi desventura
y en medio de mi amargura
contemple ileso tu honor.

Eterno como mi llanto
sea tu gozo y placér,
eterno sea tu encanto
como será mi quebranto,
mi amor y mi padecer.

Y cuando el cuerpo angustiado
repóse en un ataúd,
desde el espacio azulado
con entusiasmo sagrado
bendeciré tu virtud.

Y tú entonces
presurosa
mirto y rosa
sin cesar,
En mi fría
sepultura
con pavora
verterás.

Y un hondo suspiro
se exhale en el viento
que el triste aposento
repita veloz.
Tus ayes reciba
la fúnebre losa,
contempla llorosa
mi muerte precóz.

Cubra un lema de oprobio ya mi nombre,
lema de horror que anuncie á el desgraciado,
el que bajo esta tumba es polvo helado,
murió amando la esposa de otro hombre.

E. Fines.

(Conclusion á mi Diosa.)

Sus ojos se fijaban en mí con la
dulzura de un ángel: sus palabras re-
producían los armoniosos ecos de la
música del coro y la paz del justo, la
sabiduría del Criador resplandecían
en su frente como la estrella del Nor-
te brilla hermosa y serena en una
noche apacible. En medio de esta
embriaguez dispersóse la claridad,
corrieron una tras otra las fugitivas

horas, y el momento llegó de hallar-
me á solas con mi Diosa al pie del
lecho nupcial.

Una lámpara que ardía á la cabe-
cera era el único testigo de mi feli-
cidad: todo sonreía á mi al rededor,
todo me ofrecía el aspecto de un pla-
cer eterno indestructible. — La des-
posada quiso desahudar el lazo de sus
cabellos y no pudo. Miróme sonrién-

dose y me dijo: «desátalo tú: y yo acerqué mis manos á su frente temblando como el vasallo que es invitado á comer á la mesa de su Rey, y fijé mis ojos en el suelo como el esclavo que sirve á su Señor, porque era una Divinidad la que lo mandaba y un pobre amante, un ciego el que obedecía. Apagóse al fin la lámpara, y acosado de un frenético delirio, yo bebí con hidrópica sed esa felicidad que aun las Diosas del Olimpo no proporcionan mas que una vez, y cuando mis lánguidos párpados se cerraron al sueño aun el nombre de *Diosa* se deslizaba de mis labios.

MI MUGER.

¡Amargas realidades de la vida, qué mano oculta es la que os coloca siempre á la espalda de ese cuadro de flores que pinta la risueña imaginación! Vosotras deshaceis en polvo los fantásticos castillos y os mostrais al hombre con una máscara de hierro para decirle: «iluso, aquellos placeres que adoras son unas sombras proyectadas en tu mente por el deseo: hé aquí los entes corpóreos que han de acompañarte en tu viage hasta dejarte en la

tumba.» Tales son las reflexiones que me asaltan al pasearme por esa estancia donde ayer todo era júbilo, todo amor. Triste y silencioso, medito en las impresiones de esta mañana y las sensaciones de ayer. Al despertar de mi éxtasis descubrí un rayo de luz que atravesaba por las vidrieras de mi alcoba. Descorrí las cortinas y ví el astro del día; miré en torno de mí y llamé á gritos á mi Diosa... pero esta no respondió.

Sobre una silla habia arrojados negligentemente varios adornos y un vestido... yo los reconocí desde luego, recordé que pertenecian á una deidad; pero no me parecieron tan hermosos como en la noche anterior. Lleno de agitación busco por todas partes aquel ángel del paraíso y no le encuentro; me levanto sobresaltado, dirijo una mirada rápida á todas partes y busco entre los pliegues del lecho al ángel de mi adoración. Mas ¡ah! la venda engañadora se cayó de mis ojos: sobre la almohada reposaba en efecto una cabeza hermosa; pero la deidad habia desaparecido, y esta cabeza, este vestido, estos adornos, advertí con tristeza que pertenecian á mi muger.

MODAS.

Hermosas niñas, vosotras las del cabello negro, las de los bucles de oro, las de los rizos castaños, acercaos, agrupaos al rededor de mí. Sabed que acabo de arribar de *Paris*, á donde he ido por los aires en un globo de vapor, y de donde he vuelto á los cinco dias cargado de modas y de ciencia. Sabed que os dirijo la palabra para comunicar mis profundas observaciones so-

bre el noble arte del peinado, y para ofreceros gratis los documentos mas sabios y mas adecuados, para sacaros del intrincado laberinto del tocador. ¡Cuántas vigiliass me ha costado el descifrar los incomprensibles arcanos de la moda! ¡Cuántos paseos por los campos *Eliseos*, por el *jardín de Plantes*, por los salones de la *Duchessa de Orleans* para empapar-me en el buen

gusto Parisien y venir en seguida á depositarle á vuestras plantas! Tan continuados é importantes trabajos juzgo que me hacen acreedor á vuestra confianza, y que me dan algun derecho para hablaros en el lenguaje de la familiaridad y franqueza, llamándoos á boca llena mis queridas amigas. Pues bien, mis queridas amigas, ahora que ha cesado mi preámbulo colocaos delante de ese magnífico espejo de Venecia tan antiguo como las guerras de Flandes; y por lo tanto á propósito por su ancianidad para dar á vuestras gracias los mas saludables consejos. Mandad á vuestras doncellas que formen con el cabello que destinais á los rizos, dos iguales trenzas de menudísimos ramales, las cuales formando un pequeño arco ogive, gótico y eminentemente romántico, vengan á descender graciosamente sobre vuestras mejillas; ó bien prevenidas, si gustais, que dejando el pelo liso y llanamente ajustado hasta debajo de las sienes, tornéen unos largos bucles sin batir que tan en boga están ahora entre las damas inglesas.

Ahí teneis sobre el velador dos magníficos sombrerillos, uno de paja de arroz y otro de paja de Italia. Elegid el que gusteis: ambos conducen al mismo fin que es el de preservar la cabeza de los rayos del sol, y el de contribuir con algunos pesos á la prosperidad y acrecentamiento de la industria estrangera. El primero está adornado con una magnífica pluma en forma de espiral, y el segundo se halla ceñido en su parte media por una graciosa guirnalda de rosas de Bengala. Al ajustarle sobre vuestra frente cuidad de sustituir á la menuda puntilla que no ha mucho tiempo descendiendo sobre ella guarnecía los bordes del casco, media guirnalda no mas de florecillas pequeñas, colocándolas con preferencia al lado izquierdo...

¿entendeis? al lado izquierdo: os recomiendo el especial cuidado con estas bagatelas, porque las personas de gran tono y que han estudiado á París, notareis que se afanan para darlas un interés y una importancia diplomática.

Os doy licencia tambien para que elijais entre los chales de crespon de la India y de muselina bordada guarnecidos de encages: ambos son de moda: ambos sientan bien sobre unos hombros de marfil y ceñidos al rededor de una garganta de alabastro.

Si quereis sustituir á los chales unas manteletas andaluzas de gró y terciopelo, podeis usarlas sin temor de que el dedo de la *inteligencia* os señale en el prado diciendo: *¡que adefesio!* mas tened entendido, para vuestra gloria y satisfaccion, que esa moda trae su origen de la falta de gracia y de sal gaditana de las damas francesas, que no pudiendo trasplantar á las orillas del *Sena* vuestra alegre vivacidad y el desembarazo con que llevais una mantilla, se han limitado á plegarla humildemente sobre sus hombros y espalda, confesando que no pueden sin vergüenza colocarla sobre sus cabezas.

Dad al plegado del sobretalle (que debe ser un ropage á parte é independiente del vestido) la forma de una pañoleta de aldeana: usad la manga corta en estos dias en que aun se hace sentir el calor... ya vendrá el triste invierno con su cara de gas hidrógeno, con sus cabellos de escarcha, con sus pies enlodados, y entonces tendreis que sepultar los torneados y blancos brazos entre las felpudas pieles. Mostradlos ahora parte desnudos, parte cubiertos con una *manga de vieja* muy ajustada, terminando en una pequeña guarnicion, y parte sumergidos en unos graciosos *mitones* de cabretilla, y yo os aseguro que mas de cuatro miradas se fijarán en ellos, y mas de

cuatro guerreros de *Mendigorría* suspirarán por enlazarlos á los suyos acribillados de gloriosas cicatrices. Ajustad al talle un cinturón con bandas caídas, y si en vez de lazo quereis prender un alfiler de oro, un camaféu, ó un ópalo incrustado en oro, no temais que por eso se os cierren las puertas del *Retiro* ó del *Jardín de Apolo*. = No os diré, mis amables amigas, que los vestidos en la presente estación deben ser de muselina ó de gró, porque es una verdad trivial y demasiado conocida de vosotras; pero os indicaré una cosa que acaso no adivinaríais aunque estuviéseis meditando una hora; conviene á saber, que voy á terminar este artículo y á dejar de dirigiros la palabra hasta el mes que viene en que emprenda otro nuevo viaje á *París* en mi globo de vapor. En el que acabo de hacer me parece (sin que sea amor propio) que no he desaprovechado el tiempo. ¡Cuántos viajeros conozco yo que al cabo de una docena de años regresan á su patria sin haber aprendido otro tanto...

¡Ah, niñas... niñas... se me olvidaba: no quiero marcharme sin haceros una advertencia que interesa á vuestra tranquilidad y á mi honor. Si os encontrais por casualidad á *D. Indigesto*,... ya sabeis quién es: aquel hombre descolorido y de frente tempestuosa, que mide el grueso de un cabello con el compas, y que corta las palabras de sus discursos con unas tigras inglesas. Pues bien, si ese entecillo os acomete en el fondo de un paseo, en medio del baile ó de una sociedad del gran tono, y por dárselo á sí mismo os dice que es antigua é inusitada en el día tal ó cual parte del figurín que os ofrezco, decidle con aquella seguridad que da á las palabras una conciencia tranquila: « ¡Qué habla V., caballero: V. se atreve á decir que esta moda es antigua y no pertenece al *Siglo XIX*? Pues nosotras estamos convencidas de lo contrario, porque así nos lo asegura nada menos que *El Editor responsable*.

Clemente Díaz.



A Pocha.

Al resplandor del candil
Que lanza el último rayo
Miro arropada en su sayo
Una bruja con mandil.

Haré el signo de la cruz
Porque la vision se ahuyente.

Pecado mortal, detente
O doy un soplo á la luz.

Mas nó, porque ya reparo
Que es la moza del meson
Mas vieja que S. Anton,
Mas pajiza que un avaro.

Hacia el pesebre se viene
Arrastrando las clinelas.
¿Si tendrá dolor de muelas?
Nó, porque muelas no tiene.

¿A estas horas y en mi cuadra
Tan hermoso serafín?
Envidia tiene el mastín,
Por eso el maldito ladra.

Dime, Pocha, ¿por qué dejas
Las pulgas de tu desván?
Yo sé que mal no te harán
Pues no hacen caso de viejas.

Loco me tiene tu arrojo.
Por mí de amor estás tuerta,
Y no digo ciega ó muerta
Pues conservas vivo un ojo.

Atropellando el recato
Te acercas á mi pesebre,
Cata que buscando liebre
Te encuentras, Pocha, con gato.

¿Por qué esta noche no has ido
De las brujas á la danza?
Yo sé que con tu tardanza
Está el demonio aburrido.

Sucia vienes de carbon;
Otra vez por no estar fea
Vuela por la chimenea
Con mas unto y precaucion.

Y si pretendes gozar
Algun capricho mundano
Dale de esposa la mano
Al berraco del lugar.

Sin que lo tomes á injuria
Te amo solo porque éres
Entre todas las mugeres
Remedio contra lujuria.

Y es tanto lo que te adoro
Que aun en mis sueños te veo
Entre los brazos de leo
Sobre las astas del toro.

Mas qué con abrazo tierno
A que te abrace me impeles?
Aparta, muger, que hueles
Al azufre del infierno.

Satanás goze tus besos,
Yo no ambiciono esa palma,
Ya que le entregaste el alma
Que chupe tambien tus huesos.

Y si el cariño le estafas
Que le debes de derecho
En buen hora su despecho,
Ceda al perro tus piltrafas.

En suma, fantasma clueca,
Tu presencia me empalaga,
Ves? el candil ya se apaga
Vuelve á recoger tu rueca.

C. Diaz.

EL SIGLO XIX.

Habiendo tenido que apresurarse la publicacion de este periódico por circunstancias particulares, sus redactores se han visto precisados á presentar los dos primeros números llenos de aquellos defectos que son inseparables de toda obra que se hace con precipitacion; pero organizados ya algun tanto sus trabajos, tienen el honor de ofrecer al Público su tercera entrega con notables mejoras en la parte tipográfica, con mayor caudal de lectura, y acompañando el último figurín de modas, en obsequio de las Señoritas que han honrado con sus nombres las listas de suscripcion. El número de hoy, tal como se publica, es el tipo que se formó la empresa antes de imprimir su prospecto, y el cual si bien no corresponde en manera alguna á las exigencias del siglo que lleva por título y á la bondad con que han sido generalmente acogidos los primeros ensayos, dista de estos lo bastante para que se pueda conocer el deseo que anima á los redactores de adelantar en la espinosa carrera que se han trazado.